



Desde
10
años

PLANETA

ROJO

RAFA Y SUS ESPANTOS LA LEYENDA DE EL DORADO

LOKI VALENTE

ILUSTRACIONES DE OMAR ANDRÉS PENAGOS

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustraciones de interior y de cubierta: Omar Andrés Penagos

© Loki Valente, 2018

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2018

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6985-0

ISBN 10: 958-42-6985-2

Primera impresión: junio de 2018

Segunda impresión: noviembre de 2018

Tercera impresión: agosto de 2019

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S. A. S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

LOKI VALENTE (SEUDÓNIMO DE ANDRÉS OSSA, ARTURO TORRES Y FEDERICO SOTO)

Andrés Ossa ha tenido un vínculo muy cercano con la industria del libro desde su niñez. Trabajó en el mundo del mercadeo por más de una década. Ha cursado estudios de sociología, comunicación, gamification y negocios. Ha sido coautor de *Rafa y sus espantos*, *Rafa y la leyenda de El Dorado*, *Orquídeas del Perdón* y *Dios hizo el Color*. Actualmente está escribiendo un libro llamado *Todos somos genios*.

FEDERICO SOTO

Es un escritor colombiano con amplia experiencia en la escritura de comedia. Ha trabajado como escritor y realizador para RCN Televisión así como director de más de seis series web. También ha realizado labores de escritura fantasma para varios autores publicados y actualmente se encuentra escribiendo su segundo largometraje.

ARTURO TORRES MORENO

(1987). Nacido en la ciudad de Bogotá, Colombia, Arturo es co autor de *Rafa y sus espantos* y *Rafa y el mito y la leyenda de El Dorado* en el año 2017. La editorial Planeta de Colombia publicó dos obras de su autoría en la biblioteca

de paz para niños y niñas, una es una novela gráfica: *Layla y la libreta mágica* & una obra de teatro que lleva por título «¿Bully yo?». Este año la editorial hará el lanzamiento de tres obras de teatro de su autoría: «Maryangie y las palabras mágicas»; «Kiko en el país de los extraterrestres» & «El dueño del color azul» en un libro titulado: *Obras de teatro infantil para toda la primaria*.

CONTENIDO

Capítulo 0	9
Capítulo 1.....	15
Capítulo 2	31
Capítulo 3	41
Capítulo 4	51
Capítulo 5	73
Capítulo 6	85
Capítulo 7.....	95
Capítulo 8	105
Capítulo 9	125

CAPÍTULO 0

No hay nada peor que un malvado arrepentido y con remordimientos. Viruñas había dejado de ser un canalla hacía varios años, pero su papel de hombre bueno no terminaba de persuadir a los espantos. Antes, él era un espanto sucio, artero y perverso. Ahora, era un ex demonio que aterraba por su exceso de virtudes: limpieza extrema, vegano, abstemio, frugal, y lleno de buenas intenciones con el mundo. Los espantos del bosque lo evitaban. No querían escuchar sus sermones sobre las buenas costumbres. Además, había algo que no terminaba de convencer. Para muchos, sus acciones no eran sinceras. El diablo siempre guarda un secreto.

El 27 de julio, en horas de la mañana, Viruñas corría a toda velocidad escapando del bosque. Lo que había visto hacia una hora era una imagen pa-

vorosa y solo un vivo podía ayudarlo. Su corazón latía a mil y varias imágenes pasaban por su cabeza. Recordaba cómo hacia siglos había jugado con la ambición y el miedo de los hombres para enterrarlos en sus peores miserias.

Él sabía que ellos no traerían únicamente la venganza, era algo mucho peor: una tormenta creada por todas sus malas acciones del pasado. El reflejo de su maldad ahora regresaba con vestidos raídos de conquistadores castellanos para poner en peligro la existencia de sus amigos, y hasta del mismo bosque.

Hacia unas semanas Viruñas se había dado cuenta de que la fecha de su regreso estaba próxima, pero la historia de cómo hacia 450 años se había aprovechado del desespero de los indígenas y la codicia de los ibéricos para forjar uno de sus crueles juegos, no encajaba con la imagen de niño bueno que ahora proyectaba. ¿Cómo él, un ser lleno de virtudes, iba a confesar que por su culpa toda una civilización se había extinguido? Era mejor que la gente siguiera creyendo que habían sido las enfermedades traídas del Viejo Mundo las causantes de acabar con los constructores de El Dorado.

Viruñas visitó a cada uno de los amigos del bosque y le contó su versión de los hechos. Como un profeta desesperado, anunciaba el retorno de los malvados, quienes ahora llegaban como fantasmas con el poder de hacer daños a los espantos y eran comandados por un hombre que podía hacer llorar al mismo diablo: Lope de Aguirre, cruel soldado vasco, líder de la rebelión de los Maraños, quien había recorrido medio continente trazando un camino de muertos. A Aguirre le decían «la ira de Dios», pero él prefería llamarse «el peregrino». Su locura y amor por el oro lo habían hecho proclamarse príncipe del Nuevo Mundo y considerarse al mismo nivel que Felipe II, aquel rey dueño de un imperio donde nunca se ponía el sol.

Nadie le creyó a esta versión pulcra y vegana de Viruñas. Todos desconfiaban de él y temían convertirse, de un momento a otro, en víctimas de sus macabras artimañas. ¿Por qué había que creerle?, se preguntaba el Sombrerón. Que ahora se bañara, no comiera carne y pusiera las fotos de sus comidas saludables y frases supuestamente atribuidas a Gandhi en redes sociales no era evidencia de que no estuviera tramando algo malo. Además, su his-

toria parecía incompleta. Sus fines no parecían tan nobles.

El 26 de julio, día del solsticio de invierno, celebración de Año Nuevo para los aborígenes americanos, terminaba el embrujo que había tenido atrapados, por siglos, en la jungla amazónica, a los fantasmas de Lope de Aguirre y de cincuenta conquistadores españoles. Ahora quedaban libres. 450 años de vagar por la selva habían hecho acrecentar su hambre de oro. Aguirre ya sabía cómo funcionaban las cosas en el nuevo mundo, y quién era el culpable de sus desgracias.

Él y sus hombres esperaron por dos días que el *pororoca* (expresión que significa «gran estruendo») afectara el río: cuando la luna llena termina y comienza la luna nueva, la corriente cambia y sus bergantines remontan el río sin el mayor esfuerzo. Ese día, en la madrugada, Viruñas salió a hacer su meditación diaria cerca de una hermosa playa que se formaba cuando bajaba el cauce de las aguas. No podía concentrarse y dejar de pensar en una solución para detener a los conquistadores. De repente, sintió un silbido que cortaba el aire, abrió sus ojos y una explosión de cañón muy cerca de donde

meditaba lo hizo volar por los aires. Aturdido, miró hacia el río, ahí estaba Aguirre en su embarcación, preparando una segunda descarga de cañón. Como el río cuando truena, estaba anunciando su regreso.

Viruñas escapó como pudo, tenía que buscar ayuda, salir del bosque, hablar con los vivos. Corrió como alma que lleva el diablo. Con el corazón a mil, pensaba cómo podría convencer a Rafa para que lo ayudara esta vez.

CAPÍTULO 1

—¿Qué crees que estás haciendo?

Rafa estaba tan absorto en su conversación con Victoria que ni siquiera se percató de que Matilde se acercaba sigilosamente a recuperar lo que, aquel día, le pertenecía.

—¡Ey! —gritó Rafa, tratando en vano de retomar la tableta—, ¡la estaba usando!

—Eso veo —contestó Matilde—. La pregunta es ¿por qué? Hoy es viernes, y, según nuestro trato, la tableta es mía hoy, ¿o no lo recuerdas?

Rafa abrió la boca para replicarle a su hermana menor, pero antes de que pudiese hilar algún argumento en su mente, cayó en cuenta de que Matilde tenía toda la razón. Luego de haberse ganado la tableta como parte de los premios del *show* de

talentos el año antepasado, él y su hermana habían acordado compartirla por días: lunes, miércoles y viernes sería de Matilde, mientras que martes, jueves y sábados sería propiedad de Rafa. Nadie la utilizaría los domingos por petición de su abuela, quien tenía la firme creencia «de que ese aparatejo los dejaba brutos».

—Un momento —dijo Matilde, aprovechando el estupor de Rafa, quien aún seguía boquiabierto, buscando que su cerebro generara alguna excusa que le devolviese el control del artefacto—, ¿qué estabas haciendo con la tableta?

El rostro de Rafa pasó de perplejidad a pánico y el quiebre de su voz no solo denotaba sus nervios, sino también su paso a la adolescencia.

—¡N-nada! Ejem... Nada, iba a revisar mis redes sociales nomás.

Matilde no se veía impresionada.

—Entonces, ¿no estabas usando Mi *tablet* para chatear con esa fulana (si es que en realidad no es un fulano) incluso después de que la abuela te lo prohibiera por los obvios peligros que acompañan

que un adolescente de 15 años conozca a alguien vía internet?

Rafa se quedó frío, Matilde le echó un vistazo a la tableta y, efectivamente, encontró las pruebas que apoyaban su hipótesis.

— ¡¿Estas demente, Rafa?! —espetó—. ¿No estarás pensando verte con esa tal ‘Victoria’? ¡No vez que fijo ni se parece a la de las fotos! Y eso es en el mejor de los casos, porque ni hablar de lo que te podría pasar...

—No seas tan anticuada, hermanita —contestó Rafa, buscando entre su ropa a ver qué pinta podría utilizar en su inminente cita con su novia virtual—. Hoy en día todo el mundo se conoce en el ciberespacio. Además, no me importa si Victoria no se parece a la de las fotos. Nuestra conexión va mucho más allá del simple físico. Ella me entiende. Incluso dice que soy su alma gemela. ¿Ah? ¿Qué opinas de eso?

—Que es justamente lo que diría alguien que quiere engatusar a un niño adolescente, —respondió Matilde, frustrada—. Cuando la abuela regrese de su visita a donde la tía Amalia y se entere de que estuviste en esas te va a coger a chancletazos...

Rafa ni siquiera escuchó la ácida respuesta de su hermana, seguía concentrado en su clóset, probándose todo tipo de camisas y camisetas, descartándolas casi inmediatamente, lanzándolas sobre su cama. Matilde rodó los ojos y, convencida de que su hermano ya no le ponía cuidado, se sentó en la hamaca de la habitación de Rafa que daba hacia su ventana y por fin comenzó a disfrutar de su tableta.

Minutos más tarde, Rafa pareció recordar que su hermana aún se encontraba en su cuarto y, llamándole la atención, le pidió su opinión sobre su aspecto. Matilde lo miró por un segundo y luego escondió su rostro en su mano, sacudiendo la cabeza.

— No, no, no, no, Rafa...si te vas a ir así me preocupa más el bienestar de esa tal Victoria que el tuyo —dictaminó la jovencita—. ¿Una camisa hawaiana? Y ¿Qué es ese peinado? ¡Por Dios!

Rafa se miró en el espejo. ¿En serio se veía tan patético? —Bueno— dijo preocupado—, entonces ayúdame, ¡no seas mala! ¡Mira que yo no tengo esa intuición femenina!

Matilde contempló el ayudar a su pobre hermano. Tendría que pararse de la hamaca (lo cual todo

el mundo sabe, es más complicado de lo que parece, no solo por la forma de la hamaca, sino por el hecho de tener que dejar la comodidad de la misma), pero la pinta de Rafa en realidad era paupérrima. No. No podía dejar que su hermano se humillara así. Podía ser un hazmerreír tan grave que, incluso, ella se vería afectada en popularidad.

—No es de intuición femenina, es simple sentido común —dijo Matilde levantándose y escudriñando el armario de su hermano—, a ver, veamos, qué te puedes poner para que no parezcas un payaso de circo...

Minutos después, el aspecto de Rafa había mejorado notablemente. Incluso él tenía que admitir que su hermana sabía mucho más en cuestiones de estilo. Tenía puesta una camiseta azul que, aunque sencilla, se le veía bastante bien. Eso, combinado con los jeans correctos, unos tenis blancos («¡No chanclas, Rafa, por Dios!») y un peinado más «moderno» terminaron de completar la apariencia del joven Romeo.

—¡Gracias, Matilde! —Rafa abrazó a su hermana con fuerza, agradecido de haberle salvado de un

papelón. Pero cuando ya se disponía a salir al encuentro de su amada Victoria, Matilde lo detuvo.

—Un momentico, galán de vereda. Ya que te ayude lo mínimo que puedes hacer es llevarte tu teléfono móvil para que me puedas llamar si llegase a pasar algo, Dios no quiera—, dijo Matilde, persiguiéndose.

—Wow, —respondió Rafa—, sí que sueñas como la abuela. Pero está bien, supongo que te lo debo.

Rafa agarró su teléfono, le dio un beso a su hermanita en la frente y salió corriendo de su habitación, cerrando la puerta de la entrada con un estruendoso portazo.

Matilde consideró el irse a su cuarto a jugar con su tableta, pero con el recuerdo de la comodidad de la hamaca de Rafa aún fresca en su mente, decidió quedarse echada ahí a esperar el regreso de su hermano mayor.

Ya había pasado una media hora viendo videos de YouTube cuando creyó escuchar un sonido como de granizo. Por un segundo pensó que tal vez Rafa había dañado el volumen de la tableta, pero al parar

el video se dio cuenta de que no era ni lo uno, ni lo otro: alguien estaba echándole piedritas a la ventana adyacente a la hamaca.

«Ya lo debieron haber rechazado», pensó Matilde levantándose con dificultad y dirigiéndose a la ventana. «¿Será que a este menso se le olvidaron las llaves?», se dijo a sí misma, a sabiendas de lo improbable que eso resultaba.

Al abrir la ventana, la primera reacción de Matilde fue gritar como si se hubiese visto un espanto (lo cual, técnicamente, fue lo que sucedió, aunque la apariencia de este ya no fuera espeluznante). Luego, recuperando un poco de compostura, su sorpresa se tornó a irritación.

—¿Me vas a robar la voz de nuevo, Viruñas?!
—gritó Matilde furibunda, agarrando una guitarra de Rafa y blandiéndola cual bate de beisbol—, ¡porque no va a ser así de fácil!

—¡Calma, niña! —respondió Viruñas, visiblemente asustado por la colérica reacción de la niña—
¡Te prometo que vengo en son de paz! Mírame, soy un espanto nuevo y, además, mi día empezó con el

píe izquierdo ¡Ya he aprendido mi lección! —suplicó con las manos en alto.

Matilde relajó un poco su guardia sin soltar la guitarra.

—Entonces ¿qué quieres? Te informo que no hay muchos objetos de valor en esta casa —dijo Matilde con sospecha.

Viruñas la miró, ofendido.

—¿Objetos de valor? ¿Qué clase de monstruo crees que soy? Vine buscando al magnánimo Rafa, aquel capaz de derrotarme en un duelo de bandas, para pedirle su ayuda en un asunto de extrema urgencia y que afecta a todos sus amigos del bosque encantado, pero veo que hay demasiada mala vibra esta casa y yo ahora soy un ser de luz y energía positiva, así que tal vez vine al lugar equivocado...

El disgusto de Viruñas por la insinuación de Matilde parecía sincero. El espanto ya se había dado media vuelta, cabizbajo, cuando la jovencita recapacitó.

—¡Espera! —le gritó— ¿qué asunto de extrema urgencia?

Dos tazas de Milo y té chai más tarde (Viruñas se había acostumbrado a cargar con su té), Matilde aún consideraba las palabras de Viruñas, temerosa de que le estuviera tomando del pelo como parte de otra de sus maquiavélicas artimañas.

—A ver, me estás diciendo que hay un grupo de piratas fantasmas...

—Conquistadores —corrigió Viruñas.

—...*conquistadores* fantasmas que vienen a vengarse de los espantos por algo que sucedió hace cientos de años, pero que por alguna razón no me puedes revelar, y necesitas la ayuda de Rafa para ayudar a convencer a la Madre Monte y compañía del peligro que estos espíritus representan. ¿Voy bien hasta ahí? —preguntó Matilde, acariciándose las cienes.

—Más que bien, querida. Eso es exactamente lo que te estoy tratando de decir —respondió Viruñas, complacido—. Necesito de la credibilidad que goza tu amado hermano para con los demás espantos. Si la información sale de sus labios, no hay manera de que no me crean. Verás, mi palabra no tiene mucho valor para ellos últimamente

—Me pregunto por qué —dijo Matilde, y al ver que Viruñas volvía a ofenderse. Rápidamente añadió—: pero bueno, si los espantos del bosque encantado están en tanto peligro como dices, supongo que no tenemos otra opción más que ayudarte. El problema es que Rafa no se encuentra en este momento, pues ha aprovechado que mi abuela se ha ausentado por un par de días para irse a una cita romántica con una jovencita que ni siquiera conoce,

—¿Ni siquiera la conoce? —preguntó Viruñas, perplejo— ¿Qué clase de tonto va a una cita romántica con alguien que jamás ha visto?

Matilde sonrió.

—Exacto —dijo mientras se acercó al teléfono de su casa—, pero no te preocupes, lo llamaré a su celular para que venga cuanto antes. Además, el pobre ya debe estar necesitando que lo rescaten de esa «cita» con quien, sin duda, debe ser alguna niña fea o joven bromista.

Cuando Rafa llegó a la heladería notó que estaba más nervioso de lo que habría podido anticipar. Se